

cineastas y escritores: UNA RELACIÓN POR forJAR

jaimé collyer

Estuve en la jornada inaugural del último Festival de Cine en Viña del Mar, celebrado a finales del año pasado. A pesar del boato y la fanfarria (se sentía uno como en Cannes, aunque fuera un Cannes de pacotilla, con el olor de los vertederos cercanos como un complemento pertinaz a las galas nocturnas), corría por los pasillos el rumor habitual de que la situación del cine criollo no había mejorado en el último quinquenio. El director del Festival de Huelva, invitado oficial al certamen, nos confirmó de hecho, a un grupito de los que allí estábamos, la situación tan desmedrada de la filmografía nacional: en los últimos dos años, Chile fue entre las naciones hispanófonas el país con menor cantidad de estrenos, y los pocos que hubo no disfrutaron de una acogida demasiado entusiasta por parte del público.

Se dirá, con toda razón, que la culpa es del buey y no del piano y que no son los cineastas locales -tipos por lo demás admirables, dispuestos a hipotecar la casa con tal de financiar sus películas- los responsables de una audiencia tan aborregada y apática como es hoy el público local. Puede ser, claro, pero no es toda la verdad. Algo de las prácticas habituales de los propios cineastas, y de los escritores incorporados a sus proyectos, incide con seguridad en el resultado más bien decepcionante. He trabajado en varias ocasiones con cineastas locales y sé de muchos de mis colegas que también lo han hecho. Las más de las veces fueron experiencias felices, aunque no todas llegaron a buen puerto. Pero en todos los casos hubo un denominador común y una estrategia de aproximación invariable: todo partía con un cordial telefonazo de alguno de los cineastas locales para exponer sucintamente su interés por trabajar «en colaboración» conmigo o alguno de mis colegas, llamada en que decía conocer nuestra labor en el ámbito de la ficción y el relativo salto adelante que nuestros textos habían suscitado en la narrativa local, postulando su afán de contribuir a un giro semejante dentro de la filmografía nacional.

Hasta ahí íbamos bien. La propuesta resultaba en sí misma atractiva: una posibilidad de aunar esfuerzos entre un maestro local de la imagen y un especialista en contar historias. Entonces sobrevinía la otra parte: el cineasta hablaba de la historia que tenía en mente y que se proponía transformar en un guión filmable, con la ayuda del escritor contactado. Persuadido de la valía de su propio mensaje, exponía los rudimentos de una historia no demasiado original, que normalmente incluía a un estudiante de provincias venido a la capital para dar inicio a su vida sexual, a un cacique del Valle Central enfrentado a una revuelta no calculada de los inquilinos o a un grupito de pescadores abandonados a su suerte en alguna caleta sureña, algo muy del gusto de los financistas europeos (que gustan del exotismo y las ojotas). El escritor quedaba, pues, relegado a la condición desalentadora de una caja de resonancia, que debía absorber la historia del cineasta y ponerla por escrito.

No es una vía recomendable, creo yo. Un experto de la imagen no es necesariamente un buen narrador, ni tiene por fuerza una buena historia entre manos. Y el escritor no es un mero digitador de historias ajenas: constreñirlo a ese rol tan secundario contribuye a recortar de entrada su entusiasmo y a desaprovechar sus talentos. En virtud de este esquema fijo, cineastas y escritores acaban, al final, haciendo cada uno lo que no sabe y lo que no es su especialidad. El director fílmico se transforma en un narrador improvisado, y el escritor en un ente encargado de traducir la historia ajena al ámbito visual (que no es su dominio específico). Es una forma curiosa de desaprovechar sistemáticamente las ventajas comparativas de cada cual.

Pastelero a tus pasteles, piensa uno. El escenario local está, desde hace unos años, plagado de infinitas historias -en los volúmenes de cuentos y novelas hoy circulantes- que merecerían ser «contadas» en el cine. Martin Scorsese, por citar sólo un caso, se ha inspirado casi siempre en historias pertenecientes a terceros, desligándose de ese narcisismo mal entendido que a otros de sus colegas los mueve a contar su propia historia insulsa, tan vulnerable. Dicho sea de paso, la mejor de las tres historias filmadas por Andrés Wood en su entrega inaugural estaba inspirada en un cuento de Mario Benedetti, y ello se notó claramente en el resultado. Los libros, las historias, ya están ahí, a la espera de su hora propicia. Sólo falta que nuestros directores se paren a hojearlos nuevamente y que los escritores locales absorban mínimamente las exigencias visuales y tecnicismos que les son requeridos en este ámbito. 

TANgo TRISTe DEL maCHO CHilenO

pedro lemebel

Y uno se pregunta por los machos de entonces, los recios cowboys del Oeste Nacional que escupen por el lado y pelan a las mujeres entre eructos de vino tinto y pebre cuchareado en la cantina chilena. Los mismos gorilas amantes de la parrillada, el costillar grasiento y las carnes rojas, semicrudas que les gotean sanguinolentas en sus bigotes de escobillón mexicano. Uno se pregunta por aquellos cóndores tan fanfarrones con su falito de perejil que lo amasan en el bolsillo como si fuera la cuncuna del éxito.

No será un complejo de escasez frente al mito del negro, a los gigantes gringos, y en última instancia a la potencia engrupida de los argentinos, tan narcisos que le hicieron un obelisco al pene, ché, en medio de la gran capital, para que los turistas se queden con la boca abierta mirando esa punta que picaña el cielo. No será puro tango, pura embriaguez de patota y letras lloronas de resentimiento con la mujer. La milonga traidora que se fue con otro, que lo engañaba y él nunca lo supo. Mirá que boludo, tan preocupado del último partido de fútbol, de la apuesta en el Club Hípico, de la pelea por el título mundial de los pesos moscas que nunca se dio cuenta, nunca supo que la paloma lo había dejado de querer. Y cómo saberlo, si a él nunca le importó lo que la mina sintiera, porque con ser mujer, madre, polola, amante, esposa, ya lo tenía todo y para que quería más.

No era su culpa, porque desde chico le dijeron que la diferencia con la mujer que él acunaba en su bolsillo roto, era su garantía para ir por el mundo ostentando su pinga viril. Entonces creía que ese gusanito significaba poder y venía garantizado para la posteridad. Era eterno como dios, más bien era como tener a dios en la mano o ir por el mundo de la mano de dios. Por eso se las creía todas posando de hombrecito, bien hombrecito, que no usaba el pelo largo como esos maricones hipientos de las ferias artesanales que usaban arito en la oreja y se mariguaneaban mariconamente en los prados del Forestal. El no era así, no se las había ganado tan fácil de pelucón vagoneta. Él era hombre de trabajo, hombre de esfuerzo como le decía su apá al compás del tango.

El se vestía como hombre, con ropa de hombre, con camisa de hombre, con terno de hombre y pantalón suelto de macho serio. Nunca se atrevió con esos colores fuertes y menos esos blujines apegados al poto que usaban sus amigos. El era hombre y nadie lo podía dudar, por eso no aguantaba bromas ni abrazos muy apretados, y le daban bronca las palmadas en el traste que se daban los cabros en la cancha cuando metían un gol. El se hacía respetar y se agarraba a combos con quien fuera, porque peleando, dando golpes y patadas, reafirmaba su nombre y el de su apá.

Pero no iba a pelear por las minas, todas eran iguales, todas eran putas y traicionaban con el mismo puñal, como decían los tangos que escuchaba su apá. Además en Chile había tres mujeres por hombre. Tres hembras para cada chileno, y no tenía que preocuparse. Lo que nunca le dijo su apá, era que ese personaje y su muñeco, en el fondo sólo eran puro bluf y tango, que llegada la vejez, Tarzán y la mona Chita tenían término de contrato. Porque a los sesenta el organillo de un guapo corrido ya no responde aunque le ponga ají cacho de cabra, y aunque se dé latigazos con ortiga, el orangután del poder ya no se mueve, no salta como entonces cuando era el rey de la jungla, mira tú qué fatalidad. Ni la corriente lo despierta de su fatiga de abuelo. Y entonces, ¿cómo seguir viviendo, madrecita, con esta depresión, con este cheque sin fondo que le dieron de niño cuando le aseguraron que ninguna hembra se resistiría a sus encantos, porque él era el guapo más plantado del barrio que echaba tres al hilo y sin saque, que nunca nadie lo vio derrotado, que nunca lo vieron quebrarse ante la gente, y que jamás, jamás se sintió tan amargado como ahora? Tan solo y sin su apá. Pero al mismo tiempo, tan tranquilo, tan libre, casi feliz de poder soltar el llanto triste de un macho anciano mojándole los pantalones y los zapatos. 